

para sus parientes (1). En el siglo XIII, Federico II tuvo la gloria de hacer de aquel privilegio el derecho general del imperio: la constitución de 1220 es más liberal que nuestro código civil (2). El despojo de los naufragos nunca fué reconocido como derecho por la conciencia humana; fué una violencia ejercida por el más fuerte; y cuando la barbarie quiso erigir la violencia en derecho, la conciencia general protestó. A mediados del siglo XI se encuentra ya un fuero en que se deroga el derecho de naufragio (3). La Iglesia anatematizó ese pretendido derecho como una invención diabólica (4). Y los emperadores renovaron las penas impuestas por las leyes de Roma contra las expoliaciones cometidas en las costas (5). Los usos y costumbres de Oleron pronunciaron las penas más fuertes contra los señores que, no contentos con aprovecharse del naufragio, lo procuraban: "Se atará al culpable á un poste en medio de su casa, y se le pondrá fuego; despues se echarán por tierra las paredes y las piedras, haciendo del solar una plaza pública que sirva de mercado para vender en ella los puercos por siempre jamas," (6). El espíritu estrecho de una religión exclusiva se introduce alguna vez en la humanidad cristiana; y decretos de concilios y leyes de emperadores mantuvieron el derecho de naufragio con respecto á los infieles; pero el interés de las relaciones comerciales fué más fuerte que las preocupaciones de religión, y Federico II celebró muchos tratados con príncipes sarracenos para abolir aquel bárbaro derecho: la humanidad no conoce infieles (7).

No pretendemos hacer de la época feudal una época de humanidad: allí donde la violencia de los fuertes no está reprimida por una ley superior es inevitable la opresión de los débiles. De ahí los abusos de la fuerza, terrible cargo tantas veces hecho á la Edad Media, abusos que eran más bien crímenes de algunos hombres; y esto lo prueba el que los historiadores, órganos de los sentimientos generales de su tiempo, reprueban los actos de vio-

(1) Tratado de los Venecianos con el patriarca de Jerusalén. GUILL. DE TIR., XII, 25 (BONGARS, p. 244).

(2) *Constitutio*, a. 1220, c. VIII (PERTZ, *Leg.*, II, 244).

(3) *Carta ó fuero* de 1045, en MURATORI, *Antiq.*, II, 16.

(4) *Concil. Rom.*, IV, a. 1078, bajo Greg. VII: el papa dice que se limita á renovar las disposiciones de sus predecesores en favor de los naufragos (MANSI, XX, 505).

(5) *Constit.*, a. 1177, c. III (PERTZ, *Leg.*, II, 162).

(6) *Abetrios de Oleron*, art. 26.

(7) RAUMER, *Geschichte der Hohenstaufen*, t. III, p. 388; t. IV, página 460.

lencia que refieren. *Guillermo de Poitiers* reprocha vivamente á los Franceses la abominable costumbre de maltratar á los extranjeros, aun cuando fuesen víctimas de un naufragio: "Es la avaricia, dice, la que inspira esa barbarie indigna de un pueblo cristiano," (1). La cautividad de Ricardo Corazón de León produjo la indignación de la cristiandad; y los historiadores franceses, aun cuando su rey fuese cómplice moral de aquella violencia, echan en cara al emperador la violación inaudita del derecho de los peregrinos (2). Los historiadores ingleses dan libre curso á sus sentimientos: "Es una mancha indeleble para el imperio, dice *G. de Neubourg*; hé ahí á lo que conduce la sed de oro; el emperador, cegado por su codicia, ha pisoteado el derecho divino y humano, ha sido peor que Saladino," (3). "Los salvajes, exclama el *abad de Coggeshale*, no se hubieran mostrado más crueles que el jefe del mundo cristiano;" y el historiador acusa del crimen á la nación alemana, "raza bárbara, dice, que produce cuerpos de gigantes, pero sin virtud y sin generosidad; no se hubieran atrevido á combatir á Ricardo en el campo de batalla, y le aprisionan cuando está desarmado," (4). *Pedro de Blois* escribe una carta elocuente al arzobispo de Maguncia sobre el mismo atentado: "El duque de Austria es un hombre sanguinario, y será castigado con la maldición divina en el terrible día del juicio final; cada moneda arrancada á un cautivo será, para los bandidos que la han recibido, una causa de maldición," (5). Los poetas tomaron partido á favor del rey caballero; é increpando la perfidia del rey de Francia y la avaricia y el vandalismo del emperador de Alemania, hicieron responsable del crimen de su jefe á la nación entera: "Alemanes, exclama *Vidal*, sois desleales, viles é infames; nunca jamas habeis complacido á los que os aman y os sirven," (6).

La reprobación universal, cuando cae sobre violación del derecho, del honor y de la humanidad, es el grito de la conciencia general que se despierta. La opinión pública en la Edad Media era muy

(1) BOUQUET, XI, 87: "Docuit enim avaritie calliditas Galliarum quasdam nationes execrandam consuetudinem, barbaram et longissime ab omni aequitate christiana alienam."

(2) RIGORDUS, *de gest. Philip. Aug.*, ad a. 1192 (BOUQUET, XVII, 37).

(3) BOUQUET, XVIII, 36.

(4) BOUQUET, XVIII, 72.

(5) PETRI BLESENSIS *Epist.* (RYMER, I, 1, 59).

(6) RAYNOUARD, *Poesias de los trovadores*, t. V, p. 341; VON DER HAGEN, *Minnesinger*, t. IV, p. 6.

débil todavía para prevenir la violencia, pero ella se robustecerá y concluirá por adquirir una fuerza rresistible. La opinión castiga á aquellos á quienes no puede alcanzar la justicia, porque no reconocen autoridad superior, y sus decretos tienen quizá más fuerza que los de los tribunales; el mismo culpable reconoce la legitimidad de los castigos que le impone, y retrocede ante aquella condenación, temiendo ser proscrito por el mundo civilizado; el temor logra lo que el deber no había podido conseguir. Tal es la sanción omnipotente de la justicia internacional; no estará escrita en un texto de ley, pero está grabada en la conciencia humana, y llegará un día en que la humanidad entera se levantará para garantizar su observancia.

N.º 2.—*El espíritu de aventuras.*

En el siglo XI, el Occidente se aísla aparentemente del resto del mundo, puesto que cada uno de los mil pequeños Estados en que está fraccionada la Europa procura aislarse de sus vecinos; pero, si bien se mira, se puede asegurar que nunca hubo ménos aislamiento, y en verdad que éste es contrario á la naturaleza misma de la raza dominante bajo el régimen feudal: nadie tan amigo de aventuras como los Germanos. La invasión del imperio romano, ¿qué otra cosa fué que una gran aventura? Pues no bien se han establecido los conquistadores vuelven á ponerse en marcha, y durante dos siglos el Occidente se desborda sobre el Oriente. Cuando la religión deja de inspirarles, se despierta el espíritu comercial y van á buscar y conquistar nuevos mundos. Hoy mismo la emigración toma proporciones que rivalizan con la facilidad de las comunicaciones. Y ¿de qué países salen los emigrantes? De los de raza alemana. La pasión del movimiento y de las aventuras que caracteriza á las poblaciones germánicas ha llegado á constituir una necesidad de su naturaleza; los espíritus más apacibles, los más sedentarios, no evitan aquella tendencia, y buscan en las obras de imaginación lo desconocido que otros van á buscar más allá de los mares. ¿De dónde nos viene la afición á la literatura romántica? Del feudalismo. La aventura es la inspiración de los poetas épicos y de los romanceros de la Edad Media; el encanto de esas composiciones ha resistido al imperio del tiempo y á la influencia de las revoluciones, y parece au-

mentarse en proporción que la vida real se regulariza y se hace más monótona. Es la sangre inquieta de nuestros antepasados que corre por nuestras venas; y cuanto ménos podemos satisfacer realmente ese genio vagabundo, más nos entregamos á él con la imaginación.

Los romances de la Edad Media nos presentan caballeros siempre en busca de aventuras; y la caballería andante no es una invención de la poesía; ha nacido de la necesidad del movimiento tanto como del noble deseo de proteger á los débiles y á los oprimidos. Aquellas aventuras eran muchas veces nada ménos que la conquista de un reino. Balduino, conde de Flándes, tenía dos hijos; el mayor de ellos debía ser el heredero de su condado; y cuando el segundo, Roberto, llegó á la edad en que podía manejar las armas, su padre equipó unos cuantos barcos, le dió dinero y cuanto era necesario para un largo viaje, y le envió á buscar fortuna por el extranjero, añadiéndole que, si era hombre, se sabría ganar un reino con sus puños. Roberto tomó consigo una tropa de aventureros, é hizo rumbo á España, contando con someter la Galicia con la ayuda de Dios (1).

Hay una raza sobre todo que llena la Edad Media con el ruido de sus aventureras empresas; es la de los últimos huéspedes del Norte, que, como atrevidos aventureros, no bien se han establecido se les ve de nuevo en marcha:

Señ caballeros prontos y valientes,
en todas partes conquistadores (2).

Nos engañaríamos si creyésemos que era el espíritu caballeresco el que animaba á los Normandos; un cronista del siglo XII, que los vió de cerca, los pinta al natural: "Ávidos de botín y de dominación, hacen poco caso del hogar paterno cuando tienen la esperanza de enriquecerse en otra parte, y entónces sufren con paciencia las fatigas y las privaciones," (3). Convirtiéronse súbitamente de feroces paganos en cristianos celosos á la voz de sus jefes; pero su celo se manifestó principalmente en correrías y expediciones guerreras. En los primeros años del siglo XI, un conde de la familia de Rollon marchó á conquistar tierras contra los mo-

(1) LAMBERTI, *Annal.*, ad a. 1071.

(2) *Roman de Rou*, véase 14.241 (t. II, 293).

(3) GAUFREDI MALATERRÆ, *Hist. Sicula*, I, 3 (MURATORI, *Scriptor. rer. italic.*, t. V).

ros de España: "Roger salió, dice el cronista, para matar infieles." Los Normandos católicos no eran ménos crueles que sus antepasados; por una astucia digna de un pirata, Roger quiso adquirirse una reputación de ferocidad salvaje para aterrar á los enemigos, é hizo destrozár algunos de sus prisioneros como si fueran puercos (es el cronista el que habla); despues sirvió una parte de aquellos horribles alimentos á los otros prisioneros, y se reservó el resto para él y para sus compañeros (1). Aterrados los moros, hicieron la paz con aquellos antropófagos. El vencedor casó con la hija de la condesa de Barcelona; pero el nuevo conde, queriendo tratar á sus súbditos como había tratado á los moros, dió lugar á que los Españoles le arrojasen del país, y el aventurero fué á morir á su patria (2).

En España había entónces que conquistar más gloria que no tierras (a), y los Normandos llevaron á otras partes sus correrías, medio guerreras y medio religiosas. No había peregrinos más celosos que ellos; pero aquellos peregrinos, á la vez que el bordon, llevaban la cota de malla y manejaban mejor la espada que el rosario. Una aventura de peregrinación dió lugar á la fundación de un reino.

Hacia mediados del siglo XI, un centenar de peregrinos normandos que volvían de Jerusalem abordaron en la costa de Salerno al mismo tiempo que los Sarracenos, que infestaban continuamente las costas de Italia, acababan de desembarcar en número de 20.000 y de exigir á aquella ciudad un tributo con amenazas horribles; atemorizados los Salernitanos á la vista de sus crueles enemigos, estaban dispuestos á rescatarse; ya los infieles, en su presuntuosa seguridad, se entregaban á la alegría de los festines; entónces los Normandos, echando en cara á los Italianos su cobardía, se armaron, cayeron sobre los Sarracenos y los lanzaron al mar. El duque de Salerno quiso retener á aquellos hombres intrépidos, y los peregrinos prometieron volver. Dicese que el duque envió diputados á Normandía con naranjas, almendras, telas preciosas y otros objetos de lujo, para estimular á

(1) Era aquella una estratagemá de guerra habitual en los Normandos. Del famoso HASTINGS se refiere el mismo hecho (*Román de Rou*, véase 532 y sig., t. I, p. 27-35) y tambien de BOEMUNDO, príncipe de Tarento (*GULL. DE TIRO*, IV, 23.—BONGARS, p. 966).

(2) *Chronicon Ademari Cabanensis; Chronicon S. Petri Pisci Senonensis* (BOUQUET, x, 156, 223).

(a) Había que conquistar gloria, porque había que reconquistar el suelo y rehacer la nación.—(*N. del T.*)

los hombres del Norte á que viniesen á un país que producía tales riquezas (1). Los Normandos no se negaron al llamamiento. El siglo XI tuvo sus emigraciones como el XV y el XIX; se embarcaban para las *tierras desconocidas de la Apulia* del mismo modo que más tarde se embarcaban para el Nuevo Mundo (2). Los aventureros normandos fueron los aliados de los papas en su lucha contra los emperadores, y llegaron á servir de lazo entre las naciones más apartadas de la Europa. Unos fundaron reinos en Italia y llegaron á amenazar al imperio griego; otros se establecieron en Inglaterra y vinieron á ser causa de la larga rivalidad entre dos poderosas naciones. Todas aquellas revoluciones en el sistema político de la Europa tienen su principio en el genio aventurero de los Germanos; pero sigamos un instante á los descendientes de los piratas en sus expediciones romancescas.

Había en la Normandía un gentilhomme, Tancredo de Hauteville, bastante pobre para que la partición de su pequeño patrimonio entre sus doce hijos hubiera reducido á éstos á la miseria; y considerándolo así, se decidieron á buscar fortuna en la nueva tierra prometida. Uno tras otro se dirigieron á la Italia, abriéndose camino con su espada (3). Llegados á la Apulia, se pusieron á sueldo del primero que los buscó, que fué el príncipe de Capua en guerra con el príncipe de Salerno. Disgustados á poco tiempo de la avaricia de su jefe, los héroes normandos se pusieron de parte de su enemigo, y el deseo de vengarse del príncipe de Capua dió nuevo estímulo á su ardor guerrero: asolaron todo el país, dice un cronista, como si le hubiese invadido la peste (4). Aquellos valerosos huéspedes causaron tanto miedo al príncipe de Salerno, que se le cedió de buen grado á los Griegos, que querían reconquistar la Sicilia de los Árabes. La impetuosidad de los guerreros del Norte espantó á los hijos del desierto (5) y dió la victoria á los Griegos; pero éstos, tan avariciosos como cobardes, se repartieron los despojos de los venci-

(1) *Chronicon Cassini Montis*, II, 37; *ORDERICUS VITALIS, Historia Eclie.*, III, p. 472.

(2) *In terras incognitas Apulia*, como dice un fuero del siglo XI contenido en el *Cartulario de San Pedro*, publicado por GUERRARD, p. 222.

(3) «Per diversa loca milititer lucrum quærentes» (GAUFREDI MALATERRE, *Hist. Sicula*, I, 5, en MURATORI, t. V, p. 550).

(4) «Ac si pestilens calamitas detonarret.» GAUFREDI MALATERRE, I, 6.

(5) «Novæ gentis militiam abhorrentes.» GAUFREDI MALATERRE, I, 7.

dos y respondieron con el insulto á las reclamaciones de los vencedores. Entónces los Normandos, que unían la sagacidad al valor, engañaron á los engañadores; se embarcaron, pasaron el estrecho y saquearon la Apulia por su propia cuenta entre tanto que se hacían dueños de ella. Tenían contra sí á los Lombardos, á los Griegos y á los Sarracenos; pero aquellos innumerables enemigos, dice nuestro cronista, huían ante los Normandos como una bandada de pajarillos á la vista de un águila; 500 guerreros de la Normandía batieron á 60.000 Griegos. Los enervados hombres del Mediodía ya no se atrevieron á afrontar á los aventureros del Norte á campo raso; ni aún se conceptuaban seguros tras de las murallas de sus ciudades: los Normandos eran tan hábiles en el arte de sitiár plazas como intrépidos en los campos de batalla (1).

La Apulia estaba conquistada, pero los Normandos necesitaban defenderse contra sus enemigos. Los Lombardos, los Alemanes y el papa se unieron para arrojar á los audaces advenedizos, y Leon IX, que tenía sangre germánica en sus venas, atacó á los Normandos á la cabeza de un poderoso ejército; pero al primer choque huyeron los Italianos, quedando solos los Alemanes, que se hicieron matar, y el papa cayó en manos de los vencedores. Los Normandos se aprovecharon de su victoria para consolidar su conquista; se echaron á los piés del soberano pontífice, y le ofrecieron el homenaje feudal de las tierras que habían conquistado (2). Leon aceptó, y los enemigos del santo padre, convertidos en aliados del papado, fueron despues su más poderoso apoyo en la lucha que se entabló entre el sacerdocio y el imperio.

Esos acontecimientos de una importancia inmensa se realizaron por un puñado de guerreros normandos y en medio de aventuras que parecen tomadas de un romance de caballería. Roberto Guiscard, el futuro duque de Apulia, se hallaba encerrado en una fortaleza; su senescal le anuncia un día que no hay viveres ni dinero: "Morir de hambre, dice Guiscard, no ha dado nunca gloria; vale más defender la vida con la punta de la espada, aunque sea á riesgo de perderla." Y en efecto, sale de la fortaleza y se arroja á una expedición

(1) GAUFR. MALATER., I, 9, 13.

(2) GAUFR. MALATER., I, 14.

desesperada, un verdadero vandalismo; pero vuelve cargado de botín, cuando ya sus compañeros le creían muerto. Otro día, la necesidad, ó tal vez el deseo de una aventura, le inspiró la idea de una empresa más bien singular que peligrosa. Hizo esparcir la noticia de su muerte y se colocó en un ataúd; en esta forma, sus compañeros lo llevaron á un monasterio; pero apenas introducidos en la Iglesia, el muerto resucita y saca á los frailes, medio muertos de miedo, un rescate cuantioso (1). Roger, el más jóven de los hermanos de Hauteville, comenzó su brillante carrera por el oficio de ladrón; despojaba á los comerciantes y robaba caballos; cuando llegó á ser duque de Sicilia, no se avergonzó de las hazañas de su juventud, y quiso que su historiador refiriese fielmente los azares de su agitada vida (2). Su hermano Roberto de Guiscard era señor de la Apulia; no podía una misma tierra contener á dos espíritus ambiciosos. Estalló entre ellos la rivalidad, y Roger emprendió la conquista de la Sicilia, ocupada por los Sarracenos. Como verdadero Normando, consideraba que su empresa sería tan provechosa para su alma como para su cuerpo; ¿acaso no iba á quitar una magnífica posesión á los enemigos de la fe? (3). Su vida estuvo más de una vez en peligro; en un naufragio ofreció todo su botín á un santo, y el santo le salvó, dice *Malaterra*. Sin embargo, al buen cronista le queda algun escrúpulo; ¿cómo conciliar la conducta de un héroe con el derecho canónico, que reprueba los donativos hechos con los productos del robo? *Malaterra* responde, como buen cristiano, que despojar á los Sarracenos debe ser una acción agradable á Dios. El valor de Roger le valió más que el socorro de los santos; hecho prisionero, debió su salvación á prodigios de valor. Los Árabes eran enemigos más serios que los Griegos, y más de una vez pusieron á nuestro héroe en gravísimos apuros; en alguna ocasión le aconteció verse privado de lo necesario, hasta el punto de que la condesa, su mujer, se viese obligada á guardar cama por no tener con qué vestirse ni alimentarse (4).

(1) GAUFR. MALATER., I, 17.

(2) «Ipso ita præcipiente, dice MALATERRA (t. 25) adhuc viliora et reprehensibiliora de ipso scripturi sumus, ut pluribus patescat quam laboriose et cum quanta angustia, a profunda paupertate, ad summum culmen divitiarum vel honoris attigerit.»

(3) GAUFR. MALATER., I, 17.

(4) GAUFR. MALATER., II, 6, 7, 29, 30.

Unos oscuros aventureros van á ser los árbitros de la Europa. El papa y el emperador se disputaron la alianza de Roberto Guiscard, á quien el interés colocó de parte del papado. Y como si no bastaran tan altos destinos á saciar la ambición de un pobre hidalgo de Normandía, pensó nada ménos que en la conquista del imperio griego (1), y batió al emperador de Constantinopla, que estuvo á riesgo de caer en manos de Roberto. Llamóle á Italia Gregorio VII, cuando Enrique IV estaba á las puertas de Roma. Los Normandos obligaron al emperador de Alemania á evacuar las Marcas, y libertaron al papa; pero su celo religioso no impidió que saqueasen despiadadamente la ciudad de los apóstoles. Después de aquella diversion, Roberto Guiscard volvió á sus gigantescos proyectos, y no temió atacar las escuadras reunidas de Griegos y Venecianos; alternativamente vencido y vencedor, la muerte sola detuvo al fogoso conquistador (2).

Mientras que un puñado de aventureros normandos cambiaba la faz del Mediodía de Europa, el duque de Normandía llevaba á cabo la conquista de Inglaterra; y esa empresa, que modificó el estado político de la Europa occidental, tampoco fué más que una grande aventura: "Guillermo el Bastardo hizo publicar un pregon en todas las comarcas vecinas, ofreciendo fuertes sumas y el saqueo de la Inglaterra á todo hombre robusto y de alta estatura que quisiera servirle con lanza, espada ó flecha. Una muchedumbre inmensa acudió al pregon de todas partes, de cerca y de lejos, del Norte y del Mediodía; acudieron del Maine y del Anjou, del Poitou y de la Bretaña, de la Francia y de la Flándes, del Piamonte y de las márgenes del Rin; caballeros y jefes de armas, peones y jinetes; pedían los unos un sueldo en dinero, otros solamente el pasaje y el botín que pudieran hacer; muchos querían tierras en Inglaterra, un término, un castillo ó una ciudad, y algunos deseaban tan sólo una rica Sajona en matrimonio," (3); los deseos de todos quedaron satisfechos más allá de lo que podían esperar. El duque de Normandía colocó sobre sus sienes la corona de los reyes anglo-

(1) ANNÆ COMNENÆ, *Alexiados*, l. 12: Καὶ πανταζόμενος τὴν βασιλείαν Ῥωμαίων.

(2) RAUMER, *Geschichte der Hohenstaufen*, t. 563 y siguientes.

(3) AGUST. THIERRY, *Hist. de la conquista de Inglaterra por los Normandos*.

sajones, distribuyó entre sus compañeros condados, ciudades, monasterios y obispados. Antes de entregar la Inglaterra en manos de sus hombres de armas, Guillermo tuvo cuidado de asegurarse el concurso de la santa sede. Envióle el papa su bandera, y los aventureros pudieron desde entonces entregarse con tranquilidad de conciencia al vandalismo: su obra estaba santificada. Sin embargo de aquella sancion religiosa, la conquista de Inglaterra fué una inmensa expoliación: fué la apropiación de un pueblo entero. Pero la obra de la fuerza tuvo consecuencias incalculables: unió la Inglaterra á los pueblos del continente, de los cuales había vivido separada hasta entonces. Los reyes anglo-normandos, como duques de Normandía, quedaron siendo vasallos de los reyes de Francia; pero el vasallo era más poderoso que el señor feudal, y de ahí una forzosa rivalidad, causa de la guerra que duró toda la Edad Media y cuyo eco ha llegado hasta los tiempos modernos. Últimamente, y este es el resultado más importante, los Normandos terminaron la constitución de la fuerte raza que hoy domina en todas las partes del mundo.

Las emigraciones normandas se verificaron durante el curso de aquel siglo XI durante el cual parece que la Europa quería inmovilizarse entre los lazos del feudalismo. La muralla del aislamiento quedaba franqueada; una misma raza reinando á la vez en Inglaterra, en una parte de Francia, en parte de Italia y en toda la Sicilia; quedaba unido el Norte y el Mediodía, el Oriente y el Occidente. Y nótese que es una pequeña tribu de la familia germánica la que de esa manera agita al mundo; la Europa entera iba después á emprender la gran aventura. En el siglo XI, una pasión desordenada de peregrinaciones agita á los caballeros, á los clérigos y á las mismas mujeres; más que la piedad es el deseo de emociones, la necesidad de movimiento y de sustraerse al enojo de los castillos y de los claustros lo que agita y mueve á tantas gentes; y los peregrinos se abandonan al espíritu de aventura, considerándose muy dichosos con poder contar á su regreso las fatigas y los peligros del viaje á Tierra Santa (1). El camino

(1) J. DE VITRY (*Hist. Oriental*, c. LXXXIII) dice que muchos peregrinos eran hombres de genio inquieto y veleidoso que no tenían más móvil que la vanidad y que no vacilaban en adquirir, á costa de grandes fatigas, el placer de recorrer países

abierto á Jerusalem no bastaba á la índole aventurera de aquellos espíritus, siempre ávidos de cosas nuevas, y su inquietud les llevó hasta los desiertos de África (1). Los peregrinos son los itinerarios de los cruzados, peregrinos armados que, por espacio de dos siglos, están abandonando sus hogares para ir á buscar á Tierra Santa, los unos reinos terrenales, los otros el reino de los cielos. La religión es el móvil de las cruzadas; pero lo que las alimenta y las hace posibles es la índole guerrera y la necesidad del movimiento: "La Europa estaba llena de gentes que amaban la guerra, que tenían muchos crímenes que expiar y á quienes se les proponía que los expiasen saciando su pasión dominante; de ahí que todo el mundo tomase la cruz y las armas," (2). Esas palabras de Montesquieu son la expresión del pensamiento de los contemporáneos (3). El héroe de una de las más antiguas canciones de la Gesta nos dará á conocer los sentimientos de los caballeros franceses.

desconocidos y de ver por sus propios ojos las decantadas maravillas del Oriente.

GLAB. RADULPHI, *Hist.*, v. 1: «Multi proficiscuntur ut solummodo mirabiles habeantur de Hierosolymitano itinere.»

(1) GLAB. RADULPHI, *Hist.*, v. 1: «Contigit ut homuncio quidam, unus ex illis circuitoribus regionum, qui nunquam saturantur experientia et novitatibus, in remotiores Africa partes pergens deveniret.»

(2) MONTESQUIEU, *Grandeza y decadencia de los Romanos*, capítulo XXIII.

(3) GUIBERTI ABBATIS, p. 471.

Garin el Loheres dice á sus hermanos de armas, para excitarlos contra los enemigos del nombre cristiano:

Jouvencel sommes, accroissons nostre pris,
et querons los en un autre pays (1).

Desde que comienzan las cruzadas no se puede ya hablar de aislamiento. Los pueblos cristianos más distantes aprenden á conocerse (2); y no eso sólo, sino que sienten que son hermanos; y la guerra contra los infieles constituye un vínculo entre hombres que hablan diversas lenguas, pero que tienen las mismas creencias y el mismo enemigo; por medio de las cruzadas se manifiesta y se fortifica la fraternidad de los pueblos. Aquel continuo rozamiento de hombres imprime un movimiento prodigioso á la civilización. Al comenzar las guerras santas, la Europa era feudal; cuando aquellas concluyen, el feudalismo está agonizante. Comienza un nuevo orden de cosas, en el cual se fusionan las naciones cada vez más y van marchando progresivamente hácia una asociación pacífica.

(1) «Jóvenes somos, aumentemos nuestra fortuna,—vamos á buscarla á otro país» (*Romances de GARIN EL LOHERES*, tomo I, página 79).

(2) EKKHARDI abbatis *Libellus de sacra expeditione Hierosolymitana* (MARTESE, *Amp. Collect.*, v. 517): «Tam ignotos effudit Oceanus populos, cujus non dicam mores et habitus, sed ne loquelam quisquam hujus littoris habitator vel de ipsis marinaris agnosceret.»